



**LIBROS DE SANGRE**

VOLUMEN 4

CLIVE BARKER

Obra ganadora del World Fantasy Award. Autor ganador de los premios British Fantasy, World Horror Grandmaster, Living Legends e Imaginaire.

“El trabajo de Barker hace que parezca que los demás llevamos dormidos los últimos diez años” Stephen King

Los relatos reunidos en esta recopilación han conmocionado a los lectores más veteranos de libros de terror, porque no repiten ninguno de los tópicos del género y cada historia abre las compuertas a una forma inédita de espanto. Este es el cuarto volumen de la serie, e incluye títulos imprescindibles como *En persona*, *Los niños de Babel*, *La vida de la Muerte* o *La última ilusión*, entre otras narraciones, que helarán la sangre a quien tenga el valor de aventurarse por las páginas de esta obra.

Los Libros de Sangre son un compendio de oscuras visiones que se adentran en los sueños que se deslizan en secreto por nuestro subconsciente, aguardando para salir a la luz. Capaz de adentrarse tanto en lo inimaginable como en lo indescriptible, Clive Barker revive nuestras pesadillas más profundas y siniestras, creando visiones a la vez estremeedoras, conmovedoras y terroríficas.

Para Dave

## En persona

Cuando Cleveland Smith regresó a su celda tras la entrevista con el responsable de la galería, su nuevo compañero de litera ya se había instalado y estaba mirando la luz del sol plagada de motas de polvo que entraba por la ventana de cristal reforzado. Era un espectáculo fugaz; cada tarde, durante menos de media hora (si las nubes lo permitían), el sol se colaba entre el muro y el edificio de oficinas y se arrastraba por el costado del ala B, y ya no volvía a dejarse ver hasta el día siguiente.

—¿Eres Tait? —le preguntó Cleve.

El prisionero apartó la mirada del sol. Mayflower había dicho que el nuevo tenía veintidós años, pero Tait aparentaba cinco años menos. Tenía la misma cara que un perro extraviado. Un perro feo, además; un perro al que sus dueños habían abandonado porque se habían cansado de él. Con los ojos demasiado abiertos, la boca demasiado blanda, los brazos demasiado delgados: una víctima nata. Cleve estaba enfadado porque le habían endosado al chico. Tait era un estorbo, y a él no le sobraban las energías como para que pudiera dedicarse a proteger al chaval, a pesar de la arenga de Mayflower sobre que tenía que ofrecerle una mano amiga.

—Sí —contestó el perro—. William.

—¿Te llaman William?

—No. Me llaman Billy.

—Billy.

Cleve le saludó con la cabeza y entró en la celda. El régimen en la prisión de Pentonville no era demasiado estricto.

to; las celdas permanecían abiertas dos horas durante la mañana, y con bastante frecuencia, otras dos por la tarde, lo que permitía a los reclusos disfrutar de una cierta libertad de movimientos. No obstante, ese sistema también tenía sus inconvenientes, y ese era el motivo de la charla que había tenido con Mayflower.

—Me han pedido que te diera algunos consejos.

—Vaya —dijo el chico.

—¿Has cumplido condena anteriormente?

—No.

—¿Ni siquiera has estado en un reformatorio? Billy apartó la mirada.

—Estuve, pero poco tiempo.

—Así que ya sabes cómo son las cosas. Sabes que eres carne fácil.

—Claro.

—Al parecer, me han designado voluntario —le dijo Cleve de mala gana— para evitar que sufras cualquier daño.

Billy clavó en Cleve sus ojos, de un azul lechoso, como si el sol siguiera estando en ellos.

—No te molestes. No me debes nada —le dijo.

—Tienes más razón que un santo. Pero parece ser que tengo una responsabilidad social —repuso Cleve con amargura—, que eres tú.

Cleve ya había cumplido dos meses de su condena por tráfico de marihuana en la que era su tercera visita a la cárcel de Pentonville. A sus treinta años, estaba lejos de estar acabado. Era robusto y tenía un rostro delgado y distinguido; a diez metros y con el traje que se ponía para ir al juzgado, podría haber pasado por uno de los abogados. Si uno se acercaba más, se podía percibir la cicatriz que tenía en el cuello, producto de un ataque de un adicto sin blanca, y una cierta precaución en su manera de andar, como si cada vez que daba un paso, estuviera intentando mantener abiertas las puertas para una retirada rápida.

«Todavía eres joven y estás a tiempo de cambiar», le había dicho el último juez. Cleve no había expresado su desacuerdo en voz alta, pero sabía en lo más profundo de su ser que, igual que un leopardo no puede alterar sus manchas, él también había nacido así y no iba a poder cambiar. La vida delictiva era cómoda; el trabajo no. Mientras no le demostraran lo contrario, él seguiría haciendo lo que mejor se le daba, y asumiría las consecuencias si lo pillaban. Cumplir condena no era algo tan desagradable, siempre que mantuvieras la actitud apropiada. El rancho era comestible y la compañía selecta; y le bastaba con tener algo con lo que mantener ocupada su mente para sentirse suficientemente satisfecho. Esos días estaba leyendo sobre el pecado. Eso sí que era un buen tema. En el pasado, había oído muchas explicaciones de cómo había surgido el pecado en el mundo, expuestas por supervisores de libertad condicional, abogados y sacerdotes. Teorías sociológicas, teológicas e ideológicas. Algunas se merecían unos pocos minutos de reflexión. La mayoría eran tan absurdas (se está en pecado desde el momento de la concepción; el pecado es la causa de que los hombres perdieran su estado original) que Cleve se les reía en la cara a sus defensores. Todas acababan cayéndose por su propio peso.

Sin embargo, era un buen hueso que roer. Necesitaba un problema con el que llenar los días; y también las noches, ya que cuando estaba en prisión no dormía bien. Y no era su sentimiento de culpabilidad lo que le impedía conciliar el sueño, sino el de los demás. Después de todo, él no era más que un traficante de marihuana, que vendía a quienes se lo pedían: un engranaje insignificante en la maquinaria consumista; no había nada por lo que debiera sentirse culpable. Pero en la cárcel había otros, y al parecer muchos otros, cuyos sueños no eran tan benévolos y cuyas noches no eran tan tranquilas. Gritaban, se lamentaban; maldecían a los jueces terrenales y a los celestiales. El alboroto era tal que podía haber despertado a los muertos.

—¿Siempre es así? —le preguntó Billy a Cleve cuando llevaba allí alrededor de una semana.

Un recluso recién llegado estaba armando un buen alboroto en su galería: tan pronto lloraba como profería obscenidades.

—Sí. La mayor parte del tiempo —le contestó Cleve—. Algunos necesitan gritar un poco. Evita que se les atrofie el cerebro.

—No es tu caso —señaló la áspera voz proveniente de la litera inferior—. Tú lees tus libros y no te metes en líos. Te he estado observando. A ti no te molesta, ¿verdad?

—Puedo soportarlo —repuso Cleve—. No tengo una mujer que venga aquí todas las semanas y me recuerde lo que me estoy perdiendo.

—¿Ya habías estado antes en la cárcel?

—Dos veces.

El muchacho vaciló un instante antes de continuar:

—Supongo que sabes cómo desenvolverte en este lugar, ¿verdad?

—Bueno, no es que esté escribiendo un manual, pero a estas alturas ya me he hecho una composición general. —Le parecía extraño que el muchacho hubiera hecho ese comentario—. ¿Por qué?

—Curiosidad, nada más —contestó Billy.

—¿Tienes alguna pregunta?

El chico tardó unos segundos en contestar, y luego le dijo:

—He oído que aquí... aquí se ahorcaba.

Lo último que se había esperado Cleve era que el chico saliera con eso. Aunque bueno, hacía ya varios días que había decidido que Billy Tait era un tipo extraño. Las furtivas miradas de reojo de esos ojos azul lechoso; la forma en que observaba fijamente la pared y la ventana, igual que un detective que busca pistas desesperadamente en la escena de un crimen.

—Creo que había un cobertizo donde se ahorcaba —le contestó Cleve.

De nuevo se hizo el silencio; y a continuación llegó otra pregunta, que el chico dejó caer con toda la indiferencia que fue capaz de reunir:

—¿Sigue en pie?

—¿El patíbulo? No lo sé. Aquí ya no se cuelga a la gente, Billy, ¿o es que no te lo han dicho? —No le llegó respuesta alguna desde la litera inferior—. Y de todas maneras, ¿a ti qué más te da?

—Es que soy algo curioso.

En eso Billy tenía razón: era una persona curiosa. Era tan raro, con sus miradas distraídas y su forma de ser solitaria, que la mayoría de los hombres se mantenían a distancia. Lowell fue el único que se interesó por él, y sus motivos para ello no dejaban lugar a dudas.

—¿Me prestas a tu chica esta tarde? —le preguntó a Cleve mientras esperaban en la cola del desayuno.

Billy, que lo había oído, no dijo nada. Cleve tampoco abrió la boca.

—¿Me oyes? Te he hecho una pregunta.

—Te he oído. Déjalo en paz.

—Hay que compartir —repuso Lowell—. Puedo hacerte algunos favores. Ya se nos ocurrirá algo.

—No está disponible.

—Bueno, ¿y qué tal si se lo pregunto a él? —dijo Lowell, sonriendo por entre su barba—. ¿Tú que dices, cariño?

Billy se volvió a mirar a Lowell.

—Digo que no, gracias.

—No, gracias —repitió Lowell, y lanzó a Cleve una segunda sonrisa, con bastante poca jovialidad—. Lo tienes bien amaestrado. ¿También ha aprendido a sentarse y a levantar las patitas?

—Lárgate, Lowell —le espetó Cleve—. No está disponible y no hay más que hablar.



—No puedes mantenerlo vigilado en todo momento — señaló Lowell—. Más tarde o más temprano tendrá que levantarse y andar por su cuenta. A menos que prefiera quedarse de rodillas.

La insinuación se ganó una risotada de Nayler, el compañero de celda de Lowell. Los dos eran hombres a los que Cleve hubiera evitado en una pelea de todos contra todos, pero puesto que sus dotes como fanfarrón estaban pulidas al máximo, echó mano de las mismas.

—Tú no quieres líos —le dijo a Lowell—, la barba solo te puede tapar un número limitado de cicatrices.

Lowell miró a Cleve, ya sin jovialidad alguna. Era evidente que no era capaz de distinguir entre la verdad y un farol, y era igualmente evidente que no estaba dispuesto a arriesgar su reputación.

—Ándate con cuidado —se limitó a decir.

No mencionaron el encuentro del desayuno hasta esa noche, cuando las luces ya habían sido apagadas. Fue Billy quien sacó a colación el tema.

—No deberías haberlo hecho —le dijo—. Lowell es un hijo de puta de cuidado. He oído lo que se cuenta de él.

—Quieres que te violen, ¿es eso?

—No —le respondió Billy al momento—. Claro que no. Tengo que estar en buenas condiciones físicas.

—Como Lowell te ponga las manos encima, no estarás en condiciones de nada.

Billy salió de la litera y se situó en mitad de la celda; en la penumbra, casi no se le veía.

—Supongo que quieres algo a cambio —le dijo.

Cleve volvió la cabeza sobre la almohada y miró la silueta borrosa que tenía a un metro de él.

—¿Qué tienes que me pueda interesar, chaval? —le preguntó.

—Lo mismo que quería Lowell.

—¿Te piensas que ese es el motivo de que me haya encarado con él? ¿Que te estaba reclamando para mí?

—Sí.

—Tal como tú has dicho: no, gracias.

Cleve se dio de nuevo media vuelta y se quedó de cara a la pared.

—No era mi intención...

—Me trae sin cuidado cuál era tu intención. Lo único que quiero es no volver a oír hablar del tema, ¿vale? Mantente lejos de Lowell y deja de darme el coñazo.

—Oye —musitó Billy—, no te pongas así, por favor. Por favor. Eres el único amigo que tengo.

—Yo no soy amigo de nadie —le dijo Cleve hablando hacia la pared—. Y no quiero problemas. ¿Lo entiendes?

—No quieres problemas —repitió el muchacho con lengua torpe.

—Eso es. Y ahora... necesito dormir para poder levantarme fresco como una rosa.

Billy no dijo nada más, sino que se limitó a volver a la litera inferior y se acostó con un crujido de muelles. Cleve siguió tumbado en silencio, dándole vueltas a la conversación en la cabeza. No le apetecía en absoluto ponerle al chico la mano encima, pero era posible que lo hubiera expresado con demasiada aspereza. Bueno, ya no había nada que hacer.

Oyó cómo debajo de él Billy estaba murmurando para sí mismo, de manera casi inaudible. Aguzó el oído intentando entender lo que el chico estaba musitando. Escuchó con toda su atención durante varios segundos antes de darse cuenta de que el muchacho estaba diciendo sus oraciones.

Esa noche, Cleve tuvo un sueño. Por la mañana no consiguió recordar qué es lo que había soñado, aunque mientras se duchaba y afeitaba, le fueron volviendo a la cabeza algunos sugerentes detalles. A lo largo de esa mañana, apenas transcurrieron diez minutos sin que tuviera la impre-

sión de que algo (la sal volcada en la mesa del desayuno o los gritos en el patio) le iba a hacer recordar el sueño: pero la revelación no llegó. Eso le dejó más tenso y de peor humor de lo que era habitual en él. Cuando Wesley, un falsificador de poca monta a quien conocía de sus anteriores vacaciones en el lugar, se le acercó en la biblioteca y le empezó a hablar como si fueran amigos del alma, Cleve le dijo que cerrara el pico. Pero el tipejo insistió en hablar con él.

—Estás en un lío.

—¿Y eso?

—Ese chico que está contigo. Billy.

—¿Qué pasa con él?

—Está haciendo preguntas. Se está poniendo pesado y a la gente eso no le gusta. Dicen que deberías controlarle.

—No soy su guardián.

Wesley hizo una mueca.

—Te estoy advirtiendo, como amigo.

—Ahórramelo.

—No seas tonto, Cleveland. Te estás creando enemigos.

—Vaya. Dime uno.

—Lowell —le contestó Wesley veloz como un rayo—. Y también Nayler. Y otros muchos. No les gusta cómo es Tait.

—¿Y cómo es? —le contestó Cleve secamente.

Wesley dejó escapar un débil gruñido de protesta.

—Eso es lo que estoy intentando decirte. Es astuto. Como una jodida rata. Vamos a tener problemas.

—Ahórrame las profecías.

Las leyes estadísticas obligan a que incluso el peor profeta acierte alguna vez, y al parecer, esa era la vez en la que le tocaba acertar a Wesley. Al día siguiente, cuando volvía del taller donde había estado ejercitando su intelecto montando ruedas en coches de plástico, Cleve se encontró a Mayflower esperándolo en la galería.

—Smith, te pedí que te ocuparas de William Tait —le dijo el funcionario—. ¿No te importa una mierda, verdad?

—¿Qué ha pasado?

—No, supongo que no te importa.

—Le he preguntado que qué ha pasado.

—Nada grave. Esta vez. Le han dado una paliza, nada más. Parece ser que Lowell se ha encaprichado de él. ¿Tengo razón? —Mayflower observó con atención a Cleve, y al no obtener respuesta continuó—: Me equivoqué contigo, Smith. Pensé que bajo tu apariencia de tipo duro había algo a lo que merecía la pena apelar. Ha sido fallo mío.

Billy estaba tumbado en la litera, con el rostro amoratado y los ojos cerrados. No los abrió cuando Cleve entró.

—¿Estás bien?

—Claro —le contestó el chico en voz baja.

—¿No tienes ningún hueso roto?

—Sobreviviré.

—Tienes que entender...

—¡Escúchame! —Billy abrió los ojos. Sus pupilas parecían haberse oscurecido un poco, aunque podía ser que a Cleve le estuviera engañando la luz—. Estoy vivo, ¿vale? Y sabes que no soy idiota. Cuando vine aquí sabía en lo que me estaba metiendo. —Hablaba como si hubiera tenido elección—. Puedo aguantar lo de Lowell —continuó—, así que no te preocupes. —Hizo una pausa, y luego dijo—: Tenías razón.

—¿En qué?

—En lo de no tener amigos. Estoy solo, y tú también, ¿verdad? Me cuesta aprender, pero ya estoy cogiéndole el tranquillo.

El chico sonrió para sí mismo.

—Has estado haciendo preguntas —le dijo Cleve.

—¿Ah, sí? —le contestó Billy con cierta brusquedad—. ¿Quién ha dicho eso?

—Si tienes preguntas, házmelas a mí. A la gente no le gustan los entrometidos. Recelan de ellos. Y eso les hace mirar para otro lado cuando Lowell y los de su calaña se ponen violentos.

Al oír mencionar a Lowell, en el rostro de Billy apareció una mueca de dolor, y el chico se llevó la mano a la mejilla amoratada.

—Es hombre muerto —murmuró el muchacho, casi para sí mismo.

—Pudiera ser —observó Cleve.

Billy le lanzó una mirada fría como el acero.

—Lo digo en serio —dijo, sin el menor indicio de incertidumbre en la voz—. Lowell no saldrá vivo.

Cleve no hizo ningún comentario; al chico le hacía falta esa exhibición de bravuconería, por ridícula que fuera.

—¿Qué es lo que quieres saber, que vas por ahí fisgoneando?

—Poca cosa —le contestó Billy. Ya no estaba mirando a Cleve, sino a la litera de encima—. Solo quería saber dónde estaban las tumbas, nada más —le dijo quedamente.

—¿Las tumbas?

—En las que enterraban a los hombres que ahorcaban. Alguien me dijo que donde Crippen está enterrado hay un rosal. ¿Lo habías oído alguna vez?

Cleve movió la cabeza negativamente. Solo entonces recordó que el chico le había estado preguntando por el patíbulo; y ahora salía con lo de las tumbas. Billy levantó la mirada hacia él. El aspecto del hematoma estaba empeorando rápidamente.

—¿Sabes dónde están, Cleve? —le preguntó, con la misma fingida indiferencia de la vez anterior.

—Podría averiguarlo, si tuvieras la amabilidad de explicarme por qué quieres saberlo.

Billy observó la celda desde el refugio de su litera. La luz del sol de la tarde estaba describiendo su corto arco sobre los ladrillos pintados de la pared de la celda, aunque ese día era bastante débil. El chico deslizó las piernas fuera de la litera y se sentó en el borde del colchón, con los ojos clavados en ella igual que el primer día.

—A mi abuelo... bueno, al padre de mi madre, lo ahorcaron aquí —dijo con voz ronca—. En 1937. Edgar Tait. Edgar Saint Clair Tait.

—¿No has dicho el padre de tu madre?

—Tomé su nombre. No quería llamarme como mi padre. Nunca le pertencí.

—Nadie pertenece a nadie —repuso Cleve—. Cada uno es su propio dueño.

—Eso no es cierto —dijo Billy con un ligero encogimiento de hombros y sin apartar la mirada de la luz de la pared. Su certidumbre era irrefutable; la suavidad con la que hablaba no menoscababa la autoridad de la afirmación—. Yo sí que pertenezco a mi abuelo. Siempre le he pertenecido.

—Ni siquiera habías nacido cuando fue...

—Eso no importa. Ir y venir; eso no es nada.

Ir y venir. ¿Se estaría refiriendo Tait a la vida y la muerte?, se preguntó Cleve desconcertado. No tuvo oportunidad de preguntar. Billy ya estaba hablando de nuevo, y sus palabras fluían otra vez, contenidas pero pertinaces.

—Está claro que era culpable. No como ellos pensaban, pero era culpable. Él sabía lo que era y de lo que era capaz; eso es culpabilidad, ¿verdad? Mató a cuatro personas, o al menos, por eso es por lo que lo colgaron.

—¿Quieres decir que mató a más?

Billy volvió a encogerse ligeramente de hombros: al parecer, las cifras no importaban.

—Pero nadie vino a ver el lugar donde lo habían enterrado. Eso no está bien, ¿verdad que no? Supongo que no les importaba. Es probable que toda la familia se alegrara de que ya no estuviera aquí. Que pensarán que desde un principio había estado mal de la cabeza. Pero no lo estaba. Sé que no lo estaba. Yo tengo sus mismas manos, y sus ojos. Eso es lo que decía mi madre. Ya ves, me contó todo sobre él, justo antes de morir. Me contó cosas que nunca antes le había contado a nadie, y solo me las contó a mí por mis ojos... —vaciló, y se llevó la mano a la boca, como

si, hechizado por la fluctuante luz que caía sobre la pared de ladrillos, hubiera hablado demasiado.

—¿Qué es lo que te contó tu madre? —le preguntó Cleve para obligarle a continuar.

Billy pareció sopesar varias respuestas alternativas antes de ofrecerle una.

—Solo que él y yo nos parecíamos en algunos aspectos —le dijo.

—¿En lo de estar locos, quieres decir? —le preguntó Cleve, solo medio en broma.

—Algo así —repuso Billy, con los ojos todavía fijos en la pared. Suspiró, y luego se permitió una nueva confesión—: Por eso vine aquí. Para que mi abuelo supiera que no había sido olvidado.

—¿Que viniste aquí? ¿Qué estás diciendo? Te pillaron y te condenaron. No tuviste elección.

La luz que caía sobre la pared se extinguió cuando una nube pasó por delante del sol. Billy levantó la mirada hacia Cleve. La luz estaba allí, en sus ojos.

—Cometí un delito para venir aquí —repuso el muchacho—. Fue un acto deliberado.

Cleve sacudió la cabeza. Era una afirmación descabellada.

—Ya lo intenté antes, dos veces. Me ha llevado tiempo, pero he conseguido llegar aquí, ¿o no?

—No me tomes por tonto, Billy —le advirtió Cleve.

—No te tomo —repuso el chico. Entonces se puso de pie. Parecía como si al contar la historia se hubiera quitado un cierto peso de encima; incluso sonrió, aunque tímidamente, al decirle—: Tú te has portado bien conmigo. No pienses que no me doy cuenta. Soy una persona agradecida. Bueno... —se giró hacia Cleve antes de continuar— quiero saber dónde están las tumbas. Averígualo y no volveré a decir ni pío, te lo prometo.